
■
ESTHER DÍAZ
(editora)

**La ciencia y el
imaginario social**

■



Editorial Biblos

LA INFLUENCIA DEL GIRO LINGÜÍSTICO EN LA PROBLEMÁTICA DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Silvia Rivera

CIENCIAS NATURALES Y CIENCIAS SOCIALES

Uno de los desafíos más importantes que enfrenta hoy la epistemología contemporánea es, sin lugar a dudas, la construcción de una teoría social que no sólo haga inteligible la dinámica propia de los fenómenos sociales sino que, ante todo, ponga el acento en la función crítica y transformadora de las ciencias sociales.¹

La posibilidad de enfrentar con éxito este desafío depende, en gran medida, de nuestra capacidad para superar ciertos prejuicios que opacan la especificidad propia de estas ciencias. Prejuicios que se unifican en la convicción de que las ciencias naturales son las ciencias por excelencia. Las ciencias naturales se convierten así en paradigma o modelo de cientificidad. Esto significa que se definen las características propias del conocimiento científico a través de una generalización que toma como datos únicamente a aquellos que provienen de una clase especial de ciencias: las ciencias naturales.

Un conocimiento es científico siempre y cuando demuestre ser capaz de hacer aquello que las ciencias naturales hacen. Y lo que las ciencias naturales hacen es formular hipótesis generales que aspiran a convertirse en leyes universales con amplio poder de explicación y predicción. Estas hipótesis son validadas por medio de una experimentación rigurosa que se adjudica un control riguroso de las variables en juego, que pueden, en consecuencia, ser repetidas o modificadas de acuerdo con las necesidades del investigador.

1. Utilizo, a lo largo de este capítulo, el término "ciencias sociales" para referirme, de un modo muy general, a las disciplinas cuyo objeto de estudio se relaciona con los fenómenos de interacción social. Queda claro, entonces, que en un sentido fuerte designa en primer lugar a la sociología y a la antropología, extendiéndose luego a la psicología, la economía, la historia, la pedagogía, etcétera.

Este prejuicio se asienta, en primer lugar, en el reconocimiento de la larga tradición que las ciencias naturales exhiben con orgullo. El nacimiento de la actitud teórica que sirve de base al conocimiento científico se remonta a la Grecia antigua. En el siglo vi a.C. los físicos jonios ensayaron por primera vez una explicación causal de los fenómenos y establecieron regularidades que posibilitaron la predicción. A partir del siglo xvi se une a este interés teórico o especulativo una manifiesta motivación práctica: lograr el dominio de la naturaleza. La ciencia adquiere así el carácter instrumental y técnico que hasta hoy la caracteriza.

En segundo lugar, el prejuicio se asienta en el reconocimiento de que, además de larga, la historia de las ciencias naturales constituye una ininterrumpida cadena de logros o instancias superadoras. Logros que han sido posibles, entre otras cosas, gracias a la rápida formación de un consenso racional entre científicos acerca de cuestiones básicas: la definición de los métodos, técnicas y objetivos de la investigación son algunas de ellas.

Este consenso se fortalece, a su vez, con el unánime reconocimiento de la importancia de las grandes teorías que se han sucedido a lo largo de su historia, desde Copérnico hasta Albert Einstein (1879-1959). Si bien una discusión acerca de las características específicas de sus aportes es perfectamente posible, no es habitual dudar de la importancia que todas ellas revisten como momentos necesarios para el avance de la ciencia.

Frente a esto, las ciencias sociales sólo parecen haber acumulado, en sus doscientos años de historia, desavenencias y conflictos que hacen difícil la consolidación de un acuerdo mínimo que garantice la continuidad de la investigación sobre pilares firmes. Acuerdo que evitaría los tropezones y recaídas que obligan a los científicos a revisar constantemente su marco teórico.

La consecuencia que se sigue de definir el conocimiento científico a partir de las características de una clase de ciencias, en este caso las naturales, es la afirmación de la posición epistemológica conocida como "reduccionismo". El reduccionismo considera que las ciencias sociales pueden llegar a ser ciencias en sentido estricto siempre y cuando adopten el método de las ciencias naturales. De este modo, se realiza una asimilación ilegítima entre la metodología de dos distintas clases de ciencias. La ilegitimidad de esta asimilación proviene del desconocimiento de la radical diferencia entre los objetos de estudio de las ciencias naturales y los de las ciencias sociales.

Es necesario tener en cuenta que, por una parte, la conducta del hombre —considerado en forma individual o como integrante de grupos y comunidades— no es pasible de una experimentación con amplio poder de control y manipulación sobre los elementos intervinientes. Esto ocurre porque el hombre, a diferencia de los entes naturales, no está sometido a la causalidad natural de un modo inflexible. Es por esto que sus reacciones no resultan previsibles, tal como lo es la caída de un cuerpo que, determinado por las leyes de la naturaleza, responde al principio de gravitación universal.

Por otra parte, el hombre no tiene una esencia fija, determinada de antemano a la manera de los entes naturales, sino que se va construyendo a sí mismo en el marco de sus relaciones interpersonales. Se sigue de aquí la dificultad para formular leyes de alcance universal que se apliquen a todos los hombres, con independencia de sus circunstancias personales, familiares, sociales e históricas, del mismo modo que las leyes físicas se aplican a la totalidad de los entes presentes, pasados y futuros.

La necesidad de establecer las bases para un estudio social serio y riguroso es algo que no puede ponerse en duda. Lo que sí resulta cuestionable es que, para concretarlo, se fuerce a las ciencias sociales a adoptar los métodos de otras ciencias. Porque la asimilación ilegítima de la metodología propia de un dominio de saber a otro diferente arrastra tras de sí la asimilación de otros elementos constitutivos del saber en cuestión, por ejemplo, la función específica del investigador y, en especial, la formulación de los objetivos últimos de la investigación. Cuando esto ocurre, el dominio de saber que, desconociéndose, resigna su especificidad, inevitablemente pierde también toda su riqueza y fuerza operativa.

Para la reconciliación de los estudios sociales con su irreductible singularidad es importante tener en cuenta el aporte realizado, en el siglo pasado, por tres pensadores conocidos como "los maestros de la sospecha": Nietzsche, Marx y Sigmund Freud (1856-1939). Cada uno de ellos, en el marco de sus investigaciones específicas, contribuye a establecer aspectos del hombre que lo distancian de los entes naturales y que evidencian la necesidad de un abordaje teórico propio. Los tres enfatizan la relación de las creaciones sociales y culturales con aspectos materiales de la vida de los hombres: la voluntad de poder, las circunstancias económico-políticas, las determinaciones inconscientes. Sin embargo, las pautas positivas para esta tarea provienen de pensadores que se inscriben en el marco del llamado "giro lingüístico" que, a comienzos de siglo, modificó el modo de enfocar los problemas filosóficos.

Tan pronto como se han reconocido los límites del reduccionismo epistemológico y se ha comprendido la especificidad del hombre, considerado como objeto de estudio de las ciencias sociales, es necesario estudiar con cuidado el punto de vista que introduce el giro lingüístico, en tanto aporta importantes elementos para la elaboración de una teoría no reduccionista de lo social.

LA FILOSOFÍA Y EL GIRO LINGÜÍSTICO

A comienzos de nuestro siglo se produce, en el ámbito de la filosofía, una revolución conceptual sólo comparable con aquella acontecida en los inicios

de la modernidad. Para entenderla, es importante recordar que cada época histórica suscribe un modo peculiar de iluminar los problemas filosóficos. Los griegos, que sobre la base del surgimiento de la palabra *diálogo* —posibilitada a su vez por los cambios económicos, políticos y sociales acontecidos a partir del siglo VIII a.C.— inventaron la filosofía, caracterizaron su práctica como una reflexión acerca de la existencia de los entes, pero no en sus cualidades accidentales, sino en lo que todos ellos tienen en común. Entes que, afirmaban, existían en forma autónoma e independiente y que, además, manifestaban en sus estados y transformaciones la presencia de un orden objetivo que podía ser descubierto por la razón.

En sus comienzos, la filosofía se orientó así a develar el ser de los entes considerados bajo la forma de la sustancia o esencia. Pero los cambios acontecidos en la sociedad europea a partir del siglo XIV alcanzaron también el espacio de la reflexión filosófica. El lugar de prestigio adquirido por el hombre en esta época lo ubicó en el centro de las actividades culturales, científicas y artísticas. El hombre pasó a ser un centro de referencia obligado, en tanto reconoce el poder que se deriva del ejercicio de su razón. Esto se manifestó en la filosofía a través del descubrimiento de la subjetividad. Descartes hizo del pensamiento la certeza necesaria para edificar nuestro conocimiento de la estructura del mundo y, a partir de allí, de sus objetos, que son considerados como correlatos de nuestras ideas o contenidos de conciencia. Años después, Kant ubicó en la subjetividad del hombre el fundamento del orden del mundo, en tanto en ella residen las formas y los esquemas a priori, responsables de la construcción de la experiencia y de los objetos de la experiencia, de un modo universal y necesario.

Es importante tener en cuenta que no se trata sólo de un cambio en los contenidos de la reflexión filosófica. Lo que cambia es el punto de vista a través del cual se enfrentan todos los problemas de la filosofía. Adoptando la terminología de Thomas Kuhn,² es posible afirmar que se trata de un cambio de *paradigma*, es decir, de un cambio en el marco teórico a partir del cual se pone en ejercicio un determinado saber. En la modernidad, el punto de vista o perspectiva deja de ser el del ser de los entes, desplazándose al de la conciencia del hombre. Pero, como anticipamos, un nuevo cambio de paradigma comienza a gestarse en los últimos años del siglo pasado, en especial en los terrenos de la lógica y de la matemática, para hacer eclosión a comienzos de este siglo con la inauguración del punto de vista del lenguaje. En modo alguno se trata de agregar una rama más —la filosofía del lenguaje— a las ya tradicionales de la filosofía. Se trata de hacer del lenguaje la clave para el abordaje de los problemas filosóficos, que cada vez más son considerados problemas de lenguaje. Richard Rorty (1931-), en su libro *El*

2. Cf. T.S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, Buenos Aires, FCE, 1991.

giro lingüístico,³ puntualiza dos notas esenciales del mismo. En primer lugar, la convicción de que los problemas filosóficos surgen de un uso equivocado del lenguaje y, en consecuencia, pueden ser resueltos, o mejor aún, disueltos, estudiando el lenguaje y reformándolo, de ser necesario. En segundo lugar, la aspiración a construir una ciencia estricta entendida como análisis del lenguaje.⁴

LA FILOSOFÍA ANALÍTICA

A comienzos de siglo, el filósofo inglés Bertrand Russell (1872-1970) inicia, junto con su colaborador Alfred Whitehead (1861-1947), la tarea de reconstrucción de la lógica tradicional de base aristotélica, buscando presentarla como un sistema axiomático estricto.⁵ Esto implica, entre otras cosas, radicalizar la formalización y extender la simbolización. Desde la antigüedad, la lógica se constituyó como un saber de la estructura o "forma" del lenguaje, pero con el claro objetivo de penetrar tanto en la estructura del pensamiento como en la del mundo. Hablar de estructuras o "formas" supone dejar de lado todo lo accidental o variable. Es decir, dejar de lado todo lo que tiene que ver con los contenidos concretos de lo que decimos o pensamos para acceder al armazón o esqueleto que articula el lenguaje y el pensamiento.

Sin embargo, la formalización de la lógica aristotélica es, en cierto sentido, incompleta, puesto que no sólo conserva términos del lenguaje natural sino que su análisis mantiene una estrecha dependencia con el análisis gramatical de las lenguas naturales. Además, es limitada en tanto reduce todas las proposiciones a la forma atributiva —única forma aceptada—, caracterizada por la atribución de un predicado a un sujeto a través del verbo "ser" ("Sócrates es mortal").

Por el contrario, avanzar en la formalización permite ver la lógica como un sistema de cálculo con el que se puede operar a través de métodos y técnicas específicas que posibilitan tanto la rápida y eficaz derivación de

3. R. Rorty, *El giro lingüístico*, Barcelona, Paidós, 1990, pp. 50 y ss.

4. Cabe señalar que diferentes tendencias y orientaciones conviven, y no siempre en perfecta armonía, dentro del rótulo "filosofía lingüística". Algunas de ellas son la filosofía analítica, la hermenéutica, el estructuralismo, la pragmática constructivista, la semiótica pragmática, etc. En este artículo nos limitaremos a bosquejar las líneas centrales de la filosofía analítica, rastreando sus orígenes, tendencias, conflictos y consecuencias con relación al tema de las ciencias sociales.

5. Cf. B. Russell y A.N. Whitehead, *Principia Mathematica*, Cambridge University Press, 1960.

proposiciones cuanto la reconducción de las proposiciones complejas a términos simples, extendiendo, además, la simbolización a proposiciones que escapan a la forma atributiva como, por ejemplo, las relacionales: "Bernardo ama a Eloísa" o, también, "A es más grande que B".

El interés que guía a Russell en esta tarea debe buscarse en el ámbito de la filosofía de la matemática. Russell intenta probar que la matemática, en especial la aritmética, es una rama o extensión de la lógica; por lo tanto, todos los conceptos matemáticos deben poder derivarse de un número limitado de axiomas lógicos. Para lograrlo, se ve obligado a desarrollar nuevas partes de la lógica (la lógica de las proposiciones, de la cuantificación, de las relaciones y de las clases), así como también a desarrollar nuevos métodos y técnicas que posibiliten y agilicen la realización de operaciones lógicas de gran complejidad.

Llegados a este punto, es importante explicitar los supuestos sobre los que se asienta el trabajo de Russell. En primer lugar, cree que una lógica capaz de dar cuenta de toda la matemática es, sin lugar a dudas, el esqueleto adecuado de todo lenguaje con poder de expresión exacto y preciso. En segundo lugar, está convencido de que el estudio del lenguaje arroja más luz sobre las cuestiones filosóficas de lo que habitualmente se cree. Por último, y en tanto el problema filosófico por excelencia es —para Russell— indagar la naturaleza del mundo, llega a pensar que el estudio de la lógica del lenguaje revela también la estructura del mundo.

De este modo, así como la lógica matemática⁶ cuenta con una gran cantidad de variables (p, q, r, s), también el mundo está formado por una colección indefinidamente amplia de hechos atómicos, correlatos en el mundo de las proposiciones atómicas o elementales. Es en relación con estos hechos atómicos, simples e independientes entre sí, que se establece el valor de verdad de las proposiciones elementales. Pero nuestro lenguaje cuenta también con proposiciones complejas o moleculares, de la forma "p . q" o también "p v q". La simbolización de estas proposiciones nos muestra claramente que se trata, en todos los casos, de proposiciones atómicas relacionadas por diferentes conectivas (*no, y, o, si... entonces*, etc.). Toda proposición que contenga las conjunciones citadas debe, en última instancia, estar formada por proposiciones que no las contengan. Además, el valor de verdad de estas proposiciones moleculares depende del valor de verdad de sus proposiciones constituyentes. Se dice, entonces, que toda proposición es una "función veritativa" de la proposición elemental.

6. El centro de análisis de la nueva lógica matemática no es ya el "término" o "concepto" sino la "proposición". Proposición que, además, no se divide en sujeto-predicado, sino en función-argumento. La proposición, cuya nota esencial y "sentido" es su posibilidad de ser o bien verdadera o bien falsa puede, ahora, gracias a las nuevas técnicas incorporadas, ser sometida a procedimientos de cálculo para determinar su valor de verdad con la exactitud propia de los cálculos matemáticos.

Ludwig Wittgenstein, discípulo de Bertrand Russell, inventó un método conocido como "método de las tablas de verdad" para establecer, por medio de un sencillo cálculo, el valor de verdad de todas las proposiciones asignando valores a sus constituyentes simples.

Un cálculo en el que todas las proposiciones complejas son funciones veritativas de sus componentes simples se denomina "extensional" o "veritativo-funcional".⁷ Wittgenstein sostuvo que, en la línea de argumentación de Russell, el lenguaje artificial de las funciones veritativas se presenta como armazón del lenguaje del discurso ordinario, aunque este armazón o estructura se ve, a menudo, encubierto por las características de nuestros cotidianos modos de hablar. Un lenguaje lógicamente perfecto sería aquel que, a diferencia de los lenguajes naturales, contara con una simbolización exacta que hiciera inmediatamente transparente la estructura del hecho que le corresponde, abriendo así una ventana a la estructura lógica del mundo.

Ludwig Wittgenstein⁸ no sólo continúa y perfecciona los desarrollos lógicos de Russell. Al llevarlos hasta sus últimas consecuencias permite que las insuficiencias de este planteo se manifiesten con toda intensidad. Sin embargo su crítica no fue inmediatamente descubierta, y un importante grupo de filósofos y científicos, a quienes se ha llamado "empiristas o positivistas lógicos" forman en Viena, en 1929, una asociación —conocida como "Círculo de Viena"— dedicada a aplicar las nuevas técnicas de la lógica matemática a los principios del conocimiento científico.

EL POSITIVISMO LÓGICO

El objetivo de este grupo,⁹ liderado por Moritz Schlick, es dado a conocer a través de un manifiesto de carácter programático titulado "Manifiesto científico universal: el Círculo de Viena". En él dejan en claro su objetivo: lograr, sobre la base de una concepción científica del mundo, la unificación de todas las ciencias a partir de la unificación de su lenguaje.

7. La tesis según la cual el lenguaje es enteramente veritativo-funcional recibe el nombre de "tesis de extensionalidad". Según esta tesis, todo enunciado formulable debe ser o un enunciado simple o una función de verdad de tales enunciados.

8. Ludwig Wittgenstein nació en Viena en 1889 y murió en Londres en 1951. Sus libros más difundidos, quizá por representar etapas diversas de la evolución de su pensamiento, son el *Tractatus logico-philosophicus*, publicado en 1921 por el autor, y las *Investigaciones filosóficas*, editadas por sus albaceas después de la muerte del filósofo, en 1953.

9. También integraron este grupo Rudolf Carnap, Viktor Kraft (1880-1975), Herbert Feigl (1902-1988), Otto Neurath (1882-1945) y Friedrich Waismann (1896-1989), entre otros.

Esta unificación supone el reconocimiento y la aceptación de un sistema neutro de fórmulas capaces de constituir un simbolismo liberado de las escorias de las lenguas históricas. El método para lograr la unificación es un análisis lógico del lenguaje, que incorpora las técnicas y métodos introducidos por la nueva lógica matemática, pero despojada ahora de toda metafísica. No se trata ya, como en el caso de Russell, de hacer transparente la estructura del mundo mediante el acceso a sus constituyentes últimos e irreductibles, sino de clarificar el lenguaje de la ciencia.

La clara inspiración empirista del movimiento lo lleva a rechazar como ilegítimo todo enunciado que no tenga su fuente en la experiencia directa o que no pueda ser reconducido a ella. Así, de acuerdo con la ya conocida "tesis de extensionalidad", los enunciados de un orden más alto, como las hipótesis científicas, deben ser reducidos a sus enunciados elementales o básicos, llamados por los positivistas lógicos "enunciados protocolares". Estos enunciados protocolares constituyen el objeto último de reflexión del teórico y su sentido depende directamente de la posibilidad de su confrontación con los hechos, es decir, de su verificación empírica. A partir de aquí, los empiristas lógicos enuncian su conocido "principio de verificación": el significado o sentido de una proposición es su método de verificación; esto es, que una oración tendrá sentido siempre y cuando podamos decir qué operaciones empíricas hay que hacer para comprobarla.

Se sigue de aquí que se entiende el significado de una proposición si se sabe cómo verificarla. Conocer las condiciones o métodos de verificación de una proposición es también conocer su significado. Pero no es esto lo más interesante. Lo realmente importante es que la aplicación sistemática del principio de verificación —elevado a la categoría de criterio de significado— nos enfrenta con proposiciones que carecen por completo de toda condición de verificación. En este caso, no nos encontramos con una simple ignorancia del significado sino con proposiciones que no tienen en modo alguno significado. Éste es el caso de las proposiciones —o, mejor aún, "seudoproposiciones"— de la matemática y la lógica, por una parte, y las de la metafísica clásica, por la otra.

El método de las tablas de verdad aplicado a las leyes de la lógica y la matemática nos muestra que se trata de enunciados analíticos —tautologías y contradicciones— cuya verdad o falsedad puede determinarse con absoluta independencia de la experiencia, por ejemplo " $\neg(p \cdot p)$ ". No son susceptibles de verificación empírica, pero sí lo son de prueba. Si bien carecen de significado, son fórmulas válidas en tanto nos revelan las características de nuestro simbolismo al explicitar sus reglas sintácticas.

Otro es el caso de las proposiciones de la metafísica clásica, que son el resultado directo de un mal uso del lenguaje. Usamos mal el lenguaje cuando incorporamos conceptos sin sentido o cuando expresamente violamos las reglas de la sintaxis lógica. El mal uso consiste en darles a determinadas palabras un status sintáctico que no les corresponde;

creando, en consecuencia, la ilusión de la existencia tanto de objetos filosóficos como de problemas filosóficos. Tal es el caso, según Carnap, de la siguiente frase del filósofo Martin Heidegger (1889-1976): "La nada es anterior a la negación".¹⁰ En este caso, en alemán, la palabra "nada" es utilizada como sustantivo con función de núcleo del sujeto. Esto es algo permitido por la gramática de las lenguas naturales pero no por la sintaxis lógica del lenguaje que, de acuerdo con su status de adverbio de negación, sólo le reconoce una función conectiva. Los problemas de la filosofía son, pues, seudoproblemas que tienen su origen en una falta de comprensión de la lógica de nuestro lenguaje.

Se sigue de la aplicación del principio de verificación a los enunciados de los distintos saberes una consecuencia negativa, una positiva y una claramente problemática. La negativa se refiere al explícito rechazo de la filosofía, entendida como una teoría especulativa que pretende hacer aseveraciones acerca de la realidad y de las cosas. No hay auténticas proposiciones filosóficas. Sólo es aceptada la filosofía entendida como actividad de análisis lógico de los enunciados de la ciencia.

La consecuencia positiva se encuentra en el terreno de las ciencias experimentales: explicación clara de los conceptos utilizados y posición sólidamente establecida de sus relaciones.

Por último, es con relación a las proposiciones de las ciencias sociales que nos enfrentamos con una consecuencia problemática. Ante todo, recordemos que, de acuerdo con el criterio de significado establecido por el positivismo lógico, los enunciados de las ciencias formales son considerados enunciados válidos pero carentes de sentido, en función de su carácter tautológico. Por su parte, las proposiciones que forman el corpus de las distintas ciencias naturales son las únicas proposiciones significativas que nos transmiten conocimiento objetivo con base empírica. El método de análisis aplicado a las proposiciones tiene como objetivo —por medio de la distinción "proposición significativa" y "proposición no significativa"— demarcar nítidamente el conocimiento objetivo de las cosmovisiones subjetivas, que incluyen creencias y juicios de valor. Sin embargo, las proposiciones que expresan estas creencias y juicios de valor constituyen gran parte de los enunciados de las ciencias sociales.

De este modo, el positivismo lógico coloca a las ciencias sociales ante un dilema por completo insatisfactorio en cualquiera de sus alternativas. Si las ciencias sociales aspiran a integrar el programa de la ciencia unificada, deben unificar su lenguaje. Esto significa que deben poder reducir todos sus enunciados a registros de experiencias observables. Se abre así la puerta al conductismo, que intenta captar el psiquismo a través del comportamiento

10. Citado en D. Lecourt, *El orden y los juegos*, Buenos Aires, De la Flor, 1989, p. 111.

de los cuerpos. Pero es importante tener en claro los límites del conductismo a la hora de dar cuenta de los procesos genealógicos de construcción de los significados y valoraciones de los sujetos de una sociedad dada. Por el contrario, si se quiere preservar el carácter específico de estos enunciados, en tanto expresiones directas de intenciones, creencias y valoraciones, parecen quedar relegados, inevitablemente, al espacio del sinsentido.

LUDWIG WITTGENSTEIN Y LAS PROPOSICIONES DE CREENCIA

Frente a estas dos alternativas igualmente estériles, Ludwig Wittgenstein se propone la apertura de nuevos caminos. Como ya anticipamos, en su primer libro —el *Tractatus logico-philosophicus*— Wittgenstein muestra con extrema lucidez las íntimas insuficiencias de la filosofía analítica. Éstas se ponen de manifiesto, de modo eminente, al analizar un caso especial de proposiciones, las llamadas “proposiciones de creencia” —y también las correspondientes al discurso indirecto en general— de la forma “A cree p” o “A dice p” (donde “A” reemplaza a un nombre propio y “p” a cualquier proposición elemental del lenguaje).¹¹ Recordemos que la mayor parte de las proposiciones que tradicionalmente manejan las ciencias sociales son de este tipo. El problema es que no resulta fácil subsumirlas bajo el principio de extensionalidad, aceptado por los filósofos analíticos como la expresión de la esencia misma del lenguaje y, por lo tanto, traducción fiel de la estructura del mundo. Porque la verdad de lo creído, pensado o dicho queda en estas proposiciones en suspenso, pudiendo, sin embargo, ser verdadera la proposición que expresa la creencia. La proposición “está lloviendo” parece estar contenida en la proposición “Pedro cree que está lloviendo”, pero en modo alguno se trata de una proposición molecular cuya verdad está determinada por el valor de verdad de las proposiciones que la componen. “Pedro cree que está lloviendo” puede ser verdadera aunque, de hecho, “está lloviendo” sea falsa.

El modo en que Wittgenstein enfrenta este problema permite iluminar, desde una perspectiva distinta, la cuestión del status de las proposiciones de las ciencias sociales. En primer lugar, Wittgenstein cree que un análisis detallado de la forma de las proposiciones del discurso indirecto deja en claro que ellas, en última instancia, no representan la coordinación de la proposición “p” con el objeto “A”. Por el contrario, ellas establecen la expresión del sentido o significado de una proposición por medio de otra proposición. Las proposiciones de creencia pueden traducirse, pues, del

11. Cf. L. Wittgenstein, *Tractatus logico-philosophicus*, Madrid, Alianza, 1979, 5.541.

siguiente modo: “p” dice p. Se trata de un hecho proposicional que establece, a la vez que representa, un hecho del mundo. Este hecho sólo puede ser descripto repitiendo la proposición a la que corresponde. De este modo, el sujeto “A” desaparece, se desvanece, por así decirlo, detrás de las posibilidades expresivas del lenguaje que utiliza.

En segundo lugar, el análisis de Wittgenstein nos enfrenta crudamente tanto con el poder del lenguaje como con sus límites. El lenguaje deja de ser un instrumento neutro, utilizado por un sujeto ya constituido para describir objetivamente los hechos independientes e irreductibles de un mundo preexistente. Ni el sujeto ni el mundo anteceden al lenguaje. Por el contrario, es la lógica de nuestro lenguaje la que, con un carácter claramente normativo, establece el espacio de posibilidades de todo aquello que puede decirse con sentido, conformando una especie de retícula o red a través de la cual construimos nuestro pensamiento, al tiempo que ordenamos el mundo de nuestra experiencia. El lenguaje mismo —en su carácter de condición de posibilidad del sujeto y del mundo—,¹² y no tanto la conducta del hombre, comienza a perfilarse como el verdadero objeto de estudio de las ciencias sociales. Porque la conducta del hombre sólo cobra sentido en el marco de un horizonte ya configurado por el lenguaje.

Pero, junto a este poder omniabarcador del lenguaje, que alcanza a trazar las fronteras de lo imaginable por el hombre, se muestran también sus límites. Estos límites tienen que ver con la incapacidad de referirse al lenguaje sin recurrir al lenguaje. No tenemos desde dónde hablar del lenguaje y, en la obligada autorreferencia, inevitablemente incurrimos en paradojas y sinsentidos. Estos sinsentidos, lejos de ser desestimables, cumplen un rol positivo en tanto indican la relación de determinación e influencia recíproca entre nuestro pensamiento, nuestro lenguaje y nuestro mundo. Relación, sin duda alguna, mucho más compleja, pero también más fértil, que la propuesta por Russell en términos de una armonía pre-establecida que posibilitaba una completa concordancia y adecuación entre la estructura del lenguaje y la estructura del mundo.

Es por esto que, en tercer lugar, del análisis de estas proposiciones se sigue la alarmante estrechez de la concepción del lenguaje manejada por los filósofos analíticos, quienes hicieron manifiesta su incomodidad al no poder subsumir las proposiciones de las ciencias sociales (proposiciones de creencia) bajo el principio de extensionalidad, para poder aplicarles luego el principio de verificación. Porque, de hecho, el lenguaje tiene muchas otras funciones además de su clásica función referencial o descriptiva, que consiste en representar hechos del mundo. El problema es sobredimensionar una de estas funciones —en este caso, la citada función referencial— por creer que da cuenta, de modo eminente, de la esencia del lenguaje. De

12. Cf. *Tractatus...*, cit., 5.6 y 5.621: “Yo soy mi mundo. Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo”.

este modo no sólo se pierde de vista la amplia gama de posibilidades que encierra nuestro lenguaje sino que, además, se reduce nuestra imagen del mundo a un conjunto de hechos simples, correlatos en el lenguaje de la proposición elemental. Hechos irreductibles e independientes entre sí que son considerados independientes también de la voluntad de los sujetos. Se sigue de aquí la afirmación de un ideal empobrecido del conocimiento científico de este mundo de hechos, que se confunde con el de las ciencias naturales, y también del sujeto de conocimiento, que asume el rol de un observador objetivo y neutral separado y, en cierta medida, ajeno a su propia experiencia.

JUEGOS DE LENGUAJE Y FORMAS DE VIDA

Es importante destacar que Wittgenstein no sólo se dedica a mostrar¹³ críticamente estas insuficiencias sino que, varios años después de la publicación del *Tractatus...*, retoma la labor filosófica decidido a ampliar el modelo de lenguaje que manejaban, hasta el momento, los filósofos analíticos. Esto lo logra afirmando que el significado de una palabra no se ubica en su referencia sino que, por el contrario, "el significado de una palabra es su uso en el lenguaje".¹⁴ Pero debe quedar claro que no se trata, para Wittgenstein, de un uso privado sino de un uso socialmente reglamentado.

Para aprehender toda la riqueza de esta afirmación es necesario que nos familiaricemos, primero, con alguno de los conceptos que Wittgenstein acuña en esta etapa de sus investigaciones, en especial los conceptos de "juego de lenguaje" y "forma de vida".

En franca oposición a la clásica compulsión filosófica que nos impulsa en la búsqueda de algún elemento constante o esencia fija que nos permita definir las siempre diversas manifestaciones de los fenómenos, Wittgenstein no cree posible definir el lenguaje en términos universales. Esto es así porque el lenguaje no es un fenómeno estable con límites fijos sino que se estructura a la manera de un complejo y fluctuante entramado en el que confluyen palabras y acciones. Pero, si bien no es posible dar una definición

13. La diferencia entre "decir" y "mostrar" es uno de los ejes que articula la filosofía de Ludwig Wittgenstein. Entre las cosas que no pueden decirse en el lenguaje —pero que se muestran en el uso que hacemos de los signos— está la crítica, dado que carecemos de un metalenguaje crítico desde donde efectivizarla. Las cosas, además, se complican cuando se trata —como en este caso— de una crítica del lenguaje.

14. L. Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*, Barcelona, Crítica, 1988, párrafo 43.

tradicional de lenguaje, sí podemos tomar contacto con algunos de los múltiples "juegos de lenguaje" en los que cotidianamente nos insertamos, o también con otros que podemos imaginar. Comparar el lenguaje con los juegos¹⁵ le permite a Wittgenstein destacar que hablar un lenguaje no es algo teórico sino una práctica social compartida que supone habilidad en el manejo de ciertas reglas. Estas reglas, de carácter público, establecen los significados de los términos a partir de las relaciones que se juegan en el ámbito institucional. Tanto la actividad de jugar un juego cuanto la de hablar un lenguaje suponen un modo de ser y de estar en el mundo, de relacionarse con los otros y de explicar esas relaciones. Suponen, en definitiva, un modo de vivir en sociedad al que Wittgenstein llama "forma de vida":

La expresión "juego de lenguaje" debe poner de relieve aquí que hablar un lenguaje forma parte de una actividad o una forma de vida.¹⁶

Pensemos, por ejemplo, en un lenguaje que conste tan sólo de órdenes y partes de batalla. Indudablemente, tal lenguaje bosqueja también los rasgos distintivos de la sociedad que lo utiliza. O pensemos en otro que esté totalmente formado por preguntas y expresiones de afirmación y negación. Podemos seguir imaginando juegos de lenguaje, pero en todos los casos "imaginar un lenguaje significa imaginar una forma de vida".¹⁷

La relación entre los juegos de lenguaje y las formas de vida no es anecdótica sino interna y sustancial. Para reforzar la importancia de esta relación, Wittgenstein afirma "que si un león pudiera hablar no lo podríamos entender".¹⁸ Porque, aun gozando del privilegio de un traductor, nos faltaría todo el marco de referencia en función del cual adquieren significado las palabras. Este marco de referencia está constituido por los hábitos, costumbres e instituciones: éstos son los lugares o instancias en los que, en una sociedad dada, se construyen los significados.

15. Ambos conceptos —"lenguaje" y "juego"— son términos análogos que dan cuenta de situaciones y actividades muy diferentes, a las que nos aproximamos por reconocer en ellas un cierto "parecido de familia". Además, ninguno de estos conceptos da cuenta de una totalidad cerrada de casos particulares con límites rígidos que los separan nitidamente de otros conceptos. Constantemente, hay juegos que desaparecen porque nadie los juega, en tanto otros son recién inventados. El lenguaje comparte con el juego este especial dinamismo.

16. *Investigaciones filosóficas*, cit., párrafo 23.

17. *Investigaciones filosóficas*, cit., párrafo 19.

18. *Investigaciones filosóficas*, cit., parte II, p. 511.

CONCLUSIÓN

Aunque a primera vista resulte paradójico, Wittgenstein amplía la concepción del lenguaje de la primitiva filosofía analítica, enfrentándonos de lleno con los límites materiales de nuestra práctica discursiva. Contextualizando los significados y remitiendo su producción a la interacción social, hace del análisis del lenguaje la tarea por excelencia del investigador social. Pero este análisis, lejos de dirigirse a la identificación de una forma lógica universal, común a todos los lenguajes naturales, debe dedicarse a describir nuestro usos cotidianos, relevando tanto los mecanismos de producción y reproducción social de los significados como la relación existente entre cada juego de lenguaje y la forma de vida que le corresponde. Esta descripción, que ya no se propone el descubrimiento de relaciones invariantes que faciliten la explicación, debe orientarse a promover la crítica y una posible transformación —tanto del lenguaje como de las relaciones institucionales con las que se entrelaza—, al ayudarnos a tomar conciencia de la responsabilidad que todos tenemos en la construcción social de los significados.